

¡CASTIDAD!

ACOTACIONES A LOS ESCOTES

¡Qué desbordamiento hay de inmodestia en las mujeres y señoras!

¡En vano claman contra ellas los buenos y los malos, los seglares, los sacerdotes, los confesores, los prelados, los papas... Puede más la fatua e inconsiderada vanidad femenina que todas las razones y exhortaciones.

¡Oh! ¡qué invasión de indecencias! La ola de la carne femenina se desborda por sobre las playas de la vergüenza. Por fuerza Jesucristo, hijo de una virgen pudorosa, y la Virgen Santísima han de estar muy irritados contra semejante desbordamiento de impudor y desvergüenza.

¿Cómo vas a comulgar?—El otro día se acercaba una señora a comulgar. No debía traer muy bien el traje, cuando al ponerse en la sagrada mesa procuró taparse el pecho con la palma de la mano para que no se le viese la carne.

Pero, señora, ¿qué importa que no la vea el ministro si la ve Dios? Si San Pablo decía que por respeto a los ángeles debían ustedes llevar las cabezas cubiertas ¿cuánto más los pechos, y las espaldas y los brazos?

Un sermón de dos puntos.—Por delante de la iglesia de Nuestra Señora del Carmen se cruzan una señorita bien escotada y dos oficiales de caballería. La señorita, al pasar ante la puerta del templo, se santigua; y uno de los oficiales, con gesto de repugnancia, exclama:

—¡Vaya un descaro el de esta damita! ¡O se santigua y no se va así, o se va así y no se santigua!

¡Profunda verdad! Los predicadores que quieren fustigar el descaro del vestir, tienen dos partes para

un sermón. La que se santigua, es decir, la que es cristiana no debe ir así; primera parte. La que va así no debe santiguarse, es decir, no es cristiana, no es digna de unirse con la señal de la cruz; segunda parte.

Lentes impertinentes.—Iba este señor, a quien me refiero, en un tranvía, cuando subió a él una señora; o lo que fuere, demasiado escotada. El caballero, que estaba frente por frente de ella, sacó descaradamente sus lentes y se puso sin reparo a mirarla fijamente en el desnudo pecho.

Claro está, llamó mucho la atención de todos, y puso a la pobre escotada en gran apuro.

Dábale su mujer con el codo, rependiéndole su descaro impertinente en fijar así la vista en aquella mujer escotada.

Mas el marido, un poco excitado, pero con calma, y de modo que le oyesen muchos, le dijo:

—Mujer, yo creo que cuando ésta se pone así es para que veamos su escote.

La escotada, que tal oyó, procuró escabullirse cuanto antes del tranvía. ¿Acaso uno que ve a una mujer por vez primera, sin conocerla por otra cosa que por su vestido, puede juzgar de ella sino por lo que el vestido está diciendo?

Todas visten así...—¡Oh triste argumento! ¡todas van así! ¿Acaso vale nada esa razón?

—¡No desagrades a Cristo!—¡Si todas le desagradan!

—¡No deshonres a la Iglesia!—¡Si todas la deshonran!

—¡No provoques la lujuria!—¡Si todas la provocan!

—¡No andes como mujer descarada!—¡Si todas andan como ellas!

—¡No desoigas la voz de los prelados!—¡Si todas la desoyen!

—¡Pues ándate y condénate!—¡Si todas se condenan!